

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

NUESTRO NACIONALISMO INTEGRAL

"La teoría política de Julio Irazusta", Enrique Díaz Araujo.
C.E.C.P.U.C.A. Ediciones, Buenos Aires, 1995, 121 páginas.

La obra de Díaz Araujo acerca de la teoría política de su maestro, Don Julio Irazusta, presenta la gran significancia de sintetizar el pensamiento del exponente más claro y puro de la doctrina católica nacionalista argentina.

En la figura de Don Julio se conjugaron magníficamente los roles de historiador, político, pero por sobre todo, humanista.

Su gran erudición la obtuvo de fuentes tales como Taine, Renán, Newman y Chesterton. Pero no faltarían en sus estudios las lecturas del magisterio clásico: Aristóteles y Santo Tomás. Claro está, su preferencia estuvo del lado de los reaccionarios o tradicionalistas -Maetzu, Balmes, Burke, Maistre- y en particular, sus dos mayores "debilidades": Rivarol y Maurras. Sobre el genio de la Acción Francesa, Diría que sus escritos son "La suma política de los tiempos modernos".

Ese criterio netamente católico, aristotélico e hispano, lo llevo a coincidir con Rivarol en que no hay moral que pueda sostenerse sin la ortodoxia de la religión católica. Precisamente en este punto contradice al maquiavelismo moral y a su separación de política y ética, como esencia para la conservación del poder; y presenta para ello un ejemplo extraordinario: la prolongada permanencia en el poder de Juan Manuel de Rosas. A propósito, destaca el empirismo del Restaurador, en oposición al mero formalismo que se cristalizaría en la Pequeña Argentina, posterior a Caseros. Ubica al caudillo federal en la "Nación de los tiempos heroicos", cuya bandera fue saludada por un sinfín de cañonazos de la mano de las dos potencias más grandes de la época. Preciso, Irazusta sintetizará la política tradicional con esta fórmula: "innovar conservando, conservar innovando".

Con Maurras, afirmaba que estábamos en una situación inevitable de decadencia, por la disolución del reino de la cristiandad, pero que aún así la Nación grande y segura era el mal menor.

Su termómetro para medir la relevancia de los Estados son sus relaciones internacionales. Allí se ve el espíritu de la Nación y la voluntad de sus dirigentes. De lo que se sigue que una cultura nacional llega a su esplendor cuando se ha dado ya el apogeo político.

Irazusta alaba la obra del revisionismo por haber logrado recuperar la auténtica historia argentina, falseada con visible intencionalidad por la historiografía liberal. Esto nos llevó por mucho tiempo al grave estado de pérdida de nuestra conciencia nacional. Pero Don Julio no deja de reconocer que el fruto de los revisionistas no se plasmó en la escena política fundamentalmente por falta de voluntad de bien, porque como del Santo Doctor: "Que nos enseñe el sabio, pero que nos gobierne el prudente".

Su hispanofilia, por la España de Oro de los reyes católicos y de los monarcas de la Casa de los Habsburgo, lo determinaron a defender tenazmente la política del así llamado por Santa Teresa, Rey Santo -Felipe II-, en pro de la unidad religiosa, que en definitiva "fue un beneficio para España, América y la humanidad toda".

Ferviente apologista del gobierno mixto, se mostró partidario para la Nación del sistema republicano, que nada tiene que ver con la democracia, calificada como una simple abstracción. Con ironía, sostiene que "para el demócrata, la democracia existente es siempre mala; la buena siempre está por hacerse".

La importancia de esta notable exposición de Díaz Araujo, hace que conozcamos profundamente el sentir político del gran maestro del revisionismo y patriota de militancia, Don Julio Irazusta, para quien la Providencia le asignó el honor y deber de mostrar con clarividencia inigualable el nacionalismo integral argentino, católico y tradicional.

GONZALO IRASTORZA

LA NUEVA ESTRUCTURA DE LAS RELACIONES ESTADO-SOCIEDAD.

"Estado & sociedad", Daniel García Delgado.
Ed. Tesis, Buenos Aires, 1994, 276 páginas.

En "*Estado & Sociedad*", Daniel García Delgado nos introduce en un complejo análisis de las causas y los factores que han producido el cambio de las estructuras políticas y sociales de la Argentina en los últimos años.

Este profundo cambio indica que nos dirigimos hacia otro modelo de Estado, distinto tanto del liberal-oligárquico constituido a fines del siglo pasado como del que predominara durante las cinco décadas previas: el Estado social, nacional-popular o de bienestar. A este nuevo modelo de Estado, García Delgado propone calificarlo como Estado postsocial.

En estos tres modelos el rol del Estado queda claramente diferenciado. Para el liberalismo oligárquico de la década del ochenta existía una fuerte separación entre sociedad y Estado. Su rol se limitaba a ser garante de los derechos individuales. La matriz de mediación política era una democracia restringida. Para el Estado social-populista había una fuerte interrelación con la sociedad civil a través de partidos de masas programáticos ligados a un modelo movimientista con un partido predominante.

Las relaciones económicas en el primer caso tenían su sustento en el modelo agro-exportador mientras, que en el segundo, la economía se orienta hacia un Estado interventor que fomenta el industrialismo substitutivo con relaciones corporativas.

La tendencia hacia el Estado postsocial identifica el rol del Estado como garante de reglas de juego, de equilibrios macroeconómicos, saneamiento fiscal y competencia. La economía, en un contexto más interdependiente, se orienta hacia el mercado externo y la mediación de intereses se realiza a través de una matriz pluralista basada en las estrategias de lobby.

Pero el cambio no sólo implica la quiebra de modelos políticos y económicos, sino también una profunda crisis de los actores políticos y sociales que se desarrollaron dentro o en contra de tales modelos. La centralización producida sobre el Estado en el modelo anterior implicó que éste fuera el único actor político capaz de generar el cambio y la modernización. Por ello el principal motivo de incertidumbre es la difícil articulación de nuevas relaciones entre el Estado y la sociedad, en un momento en que los viejos actores deben retirarse de la escena o aprender a representar papeles nuevos.

Con la transición a la democracia se produce el cambio de régimen político, la constitución del modelo representativo y el dificultoso ensamble entre políticas de ajuste y expectativas generadas desde el gobierno, que culmina con la crisis de la gestión pública y del Estado de Bienestar en la hiperinflación. Con el nuevo gobierno de 1989, comienzan a agudizarse las tendencias transformadoras a través de la "Reforma del Estado" que nos alejan de la concepción de un "orden producido" hacia la de un "orden autorregulado", propio de los mecanismos de mercado. Lo privado avanza sobre lo público, los contornos entre sociedad y Estado se reformulan y lo individual y privado triunfa sobre lo público y colectivo. Se quiebra una concepción de la política como eje de las transformaciones sociales.

Es el avance de una modernización que incorpora racionalidad técnica, fomenta la competencia y el individualismo. Una sociedad donde los individuos pesan más que el conjunto, donde hay multiplicidad de intereses, ampliación de los espacios de libertad y de competencia pero, a la vez, menor solidaridad e integración. El desplazamiento de la sociedad por el mercado como ámbito privilegiado de las iniciativas sociales implica también un desplazamiento en los principios de legitimación y organización. El criterio vigente es el de utilidad, entendida como rentabilidad de una inversión y desde esta perspectiva se evalúa no sólo las funciones económicas sino incluso las políticas sociales.

A juicio de García Delgado, el individualismo competitivo que fomenta este Estado postsocial plantea algunos signos positivos respecto de las visiones totalizantes de la política: ahora hay mayor responsabilidad

individual e iniciativa de la sociedad civil, un espíritu empresarial que penetra todos los estratos, mayor subjetividad y pluralismo, una creciente preocupación por aspectos ambientales, etc.

Pero ante estos aspectos positivos, el autor no deja de lado el estudio de algunos factores de "crisis" que se manifiestan en este modelo postsocial.

Surgen desafíos en el despliegue conflictivo entre la cultura igualitaria (de la cual el Estado de bienestar era su expresión en lo económico-social) y el avance del individualismo competitivo; entre la difusión de una filosofía que refuerza valores de realización personal, eficiencia y competencia y el sentido de identidad y de comunidad. Esas tensiones se producen a partir de un brusco cambio y de una nueva asimetría producida en los pares individuo-comunidad y público-privado.

El pasaje de los partidos burocráticos de masas a los profesionales electorales trae aparejada la consiguiente pérdida de su capacidad para conformar identidades colectivas. El transformarse en partidos *catch all* los vuelca al pragmatismo, al cálculo, a la eficiencia y los aleja de toda posibilidad de conformar entusiasmos e identidades colectivas. Si bien los electorados se hacen más independientes, autónomos, menos controlables y expuestos a las presiones de las oligarquías, también, en esta situación, el ciudadano queda más solo y desorientado.

La aceptación del capitalismo salvaje coincidiría con el pragmatismo como filosofía que trivializa y disuelve núcleos doctrinarios. La crisis de las ideologías le permite al neoliberalismo postularse como la única opción válida frente a posiciones presentadas como inmovilistas o defensivas de intereses sectoriales y "nostálgicos".

Por último se produce una contradicción que tiene que ver con los consumos y aspiraciones de movilidad social que se despiertan en este nuevo modelo. A partir de las políticas de ajuste, la cultura de masas instala en la sociedad una tensión entre lo que el modelo postula y lo que en realidad posibilita. La privación relativa tiene que ver con este distanciamiento entre el aumento incesante y la diversificación de las demandas, y el debilitamiento o reducción de las posibilidades concretas de su acceso. Los medios de comunicación alientan un hiperconsumo, y las economías de ajuste generan amplios bolsones de pobreza coartando las aspiraciones de ascenso social de vastos sectores, mientras que, a la vez, en otros sectores minoritarios se concentra la riqueza. Cuanto más amplias son las expectativas generadas, mayor también es la privación relativa y las proclividades a adoptar comportamientos anómicos.

Esta contradicción genera tensión entre la incitación permanente al consumo como síntesis de la buena vida y su acceso concreto. La frustración influye para que esta tensión no derive necesariamente en comportamientos políticos de movilización y protesta, sino en conductas individuales anómicas, como drogadicción, alcoholismo juvenil, violencia urbana o tendencias autodestructivas.

Finalmente García Delgado pone el acento en la contradicción generada por las reglas del nuevo modelo postsocial con las tradiciones vigentes del modelo anterior. La fuerte prédica individualista del mensaje hegemónico

confronta con matrices de socialización previas. Si bien hay mayor pluralidad, subjetividad y reforzamiento de responsabilidades individuales, esta fuerte invasión del eficientismo y economicismo produce un conflicto entre la ética vinculada a la eficiencia, competitividad y realización individual, y la asociada a la equidad y a la comunidad; entre la homogeneización por imágenes y mensajes de los medios, que transmiten la fuerte impronta de una cultura donde se exaltan el mérito y la selección por exclusión y las propias tradiciones y valores culturales locales.

El trabajo de García Delgado, del cual hemos intentado resenar algunas de sus líneas argumentales principales, se asienta en una sólida fundamentación de raíces interdisciplinarias que explora a fondo las estructuras político-económicas, sociales y culturales desde la década de 1980 hasta los procesos de transición-consolidación del nuevo modelo de relaciones entre Estado y Sociedad.

PAULO ALVAREZ OVANDO

DOS INTERPRETACIONES DE UNA MISMA VISIÓN

"¿Qué es la Democracia?", Alain Touraine.
Fondo de Cultura Económica, México, 1995, 309 páginas.

Como bien dice Carl Schmitt: "La oscuridad surge de que el concepto de democracia, como tantos otros conceptos políticos, se ha convertido en un concepto ideal muy general, cuya pluralidad de sentidos abre plaza a otros ideales y, por último, a todo lo que es ideal, bello y simpático".

Hoy en día vivimos inmersos en una sociedad en donde se hace constante alusión a términos que han llegado a un límite comprensivo tan abstracto y tan ambiguo, que al tratar de encontrar una definición "precisa" de los mismos resulta casi imposible, y es de este modo, que son utilizados indistintamente para describir situaciones manifiestamente disímiles, provocando un ambiente de confusión general y vacío cultural dentro de la comunidad. Podríamos llamarlos términos multívocos y el peligro de su uso indistinto salta a la vista.

Ejemplos de ello lo constituyen los conceptos de libertad, igualdad, fraternidad, democracia, etc., y es justamente este último el que amerita el siguiente análisis de esta obra sobre la democracia de Alain Touraine, sociólogo francés, director de estudios en la *Ecole de Hautes Etudes* en Ciencias Sociales y director del Centro de Análisis y de Intervención Sociológicas (CADIS); quien ha publicado varias obras sobre sociología del trabajo, estudios de los movimientos sociales y problemas de desarrollo en América Latina.

Entre sus principales ensayos teóricos sobresalen *Sociología de la acción* (1965), *La sociedad postindustrial* (1969), *La producción de la sociedad* (1973), *La sociedad invisible* (1976), *El regreso del actor* (1984) y *Crítica de la modernidad* (1992).

No podemos dejar de señalar, en primer término, las distintas significaciones que ha adoptado la palabra democracia a través del transcurso del tiempo, como tampoco podemos prescindir del enfoque cultural y sociológico propio del momento de formación de dicha expresión. Razón por la cual recurriremos a un análisis foucaultiano, basándonos en las discontinuidades históricas del pensamiento de las ciencias humanas.

Así nos encontramos ante lo que Touraine denomina *La democracia de los antiguos* que tiene sus orígenes en las ciudades-estado de la Grecia Antigua y que Aristóteles en su *Política* define como la desviación de la *politeia* o república, toda vez que dicho régimen político acentúa el interés de los más pobres; siguiendo este proceso evolutivo surge la primera "ruptura" en el traspaso de la Edad Media a la Moderna, donde cambia la cosmovisión del mundo y el hombre se convierte en la medida de todas las cosas, situación que conlleva por añadidura una inmensa variación política, religiosa y cultural.

Como consecuencia de esta nueva *weltanschauung* el racionalismo filosófico fue invadiendo todos los campos de la cultura, y de la mano del liberalismo individualista de Locke y Montesquieu y de "la voluntad general" de Rousseau hizo su aparición "la democracia de los modernos", aquel gobierno de la mayoría que rápidamente como lo sostiene Touraine, se transformó en un instrumento racional de dominio de la clase burguesa dando lugar a lo que se conoce como las repúblicas modernas propias del siglo XIX.

La propuesta de las clases inferiores en pleno proceso industrial, no se hizo esperar, lo que deviene en un estado constante de "lucha de clases", al mismo tiempo que surgen los partidos y sindicatos, que en el siglo XX consiguieron su máximo logro a través del *Welfare State*, alcanzando de este modo el apogeo de la igualdad democrática.

Por último, luego de las guerras mundiales y de la desacralización de la idea de progreso iluminista se produciría la última "ruptura" foucaultiana como resurgimiento de la sociedad postindustrial.

Es en este ámbito cultural, marcado por un profundo secularismo y un dominio de la economía de mercado, donde Alain Touraine propone un nuevo concepto de la democracia.

En lo que respecta al libro específicamente tratado, éste se halla organizado de manera sistemática, caracterizado por la división en cuatro capítulos y el agregado de uno a manera de conclusión.

La primera parte de la obra caratula las tres dimensiones de la democracia, presenta un análisis de los caracteres de una introducción al tema, y así el autor empieza su alegato proponiendo una nueva idea de democracia presuntamente triunfante en la actualidad, en la que otorga primacía a la política del sujeto y de su accionar social tendiente a crear un ámbito político en donde se reconozcan la libertad y los derechos del individuo, como un modo de limitación al poder estatal, y los derechos de las colectividades, como un medio de integración social.

Es por ello que Touraine afirma que "la democracia se define como la mejor manera mediante la voluntad de combinar el pensamiento racional, la libertad personal y la identidad cultural".

El autor intenta conseguir una mayor asociación entre la unidad y la

diversidad, pues la democracia está al servicio de los seres humanos como *sujetos*, independientemente de cualquier otra relación o pertenencia. Para fundamentar lo dicho alude a la interdependencia de las tres dimensiones: la limitación del poder, la representatividad de los actores políticos y la ciudadanía, sin las cuales no hay democracia que sea posible, puesto que la misma no se circunscribe a un conjunto de instituciones conceptos, sino que es más bien una nueva forma de organización política que crea un marco pluralista, la democracia es, en definitiva, una nueva cultura.

Luego pasa a examinar las tres dimensiones partiendo de la limitación del poder contra los excesos del Estado Moderno, de carácter autocrático a veces y republicano en otras. Mediante el reconocimiento de los derechos naturales se puede luchar contra la voluntad general que no reconoce a las minorías, y es por medio del principio de participación popular y representatividad como se logra ese objetivo.

Por otro lado propugna la separación radical entre el Estado y la Sociedad Civil, siendo la organización política el instrumento mediador entre ellas; seguidamente se refiere a la representatividad, basada sobre una gran cantidad de diversas demandas sociales.

En la segunda parte de la obra, se hace alusión a la historia del espíritu democrático moderno, el cual cuando empieza a tambalearse la imagen del Estado republicano moderno, aparece mayormente a través de la idea de representación. De aquí parte su crítica hacia este modo de entender la democracia puesto que "los actores sociales se subordinan a las necesidades de la sociedad-nación-pueblo", y es mediante el apoyo brindado por los liberales y su razón infalible propia del siglo de las luces, que concluye necesariamente en una tiranía de la mayoría, es decir, de un cierto grupo dominante.

Para el francés, si los ideales republicanos contribuyeron de alguna forma, fue por medio de la ampliación de la participación cívica de los ciudadanos, a lo cual las ideas liberales y las utilitaristas agregan el tema de la limitación del poder, pero recién con la concesión del sufragio universal y el ascenso de las reivindicaciones obreras se logra el fin de los regímenes republicano y la aparición de las social-democracias, viéndose el espacio público y teniéndose en cuenta los intereses populares, gracias al sostén prestado por los sindicatos y los partidos políticos.

Pero a medida que los intereses del partido no coinciden con los de los actores sociales se quebranta la relación existente entre ellos, y del caos partidario surgen los estados totalitarios en los cuales se subsumen la sociedad política y la civil.

después del ocaso de los todo poderosos entra en escena el Estado providencial, donde los nuevos problemas se traducen en el límite de intervención del mismo en los asuntos privados. Todo este proceso hasta aquí detallado, acarrea inexorablemente un debilitamiento de la idea democrática, y una pérdida de confianza en sus postulados, motivo por el cual se hace necesario una renovación de dicha idea, que según el autor se conseguiría mediante la afirmación del sujeto personal, de su libertad, pero también su identidad y su memoria para no olvidarse de los tiempos pasados; terminando así, tal lo propiciado por Alexis de Tocqueville, con los

órdenes o estados jerarquizados en las sociedades modernas, reemplazando el *homo hierarchicus* por el *homo aequalis*, consiguiendo tanto la igualdad de derecho como de posibilidades.

La tercera parte, llamada la cultura democrática, se hallan descriptos los pilares sobre los cuales se ha de asentar esta nueva idea de democracia. El primero de estos pilares se basa en la política del sujeto, principalmente en el reconocimiento de un nuevo orden social basado sobre la igualdad de todos los individuos en cuanto a sus derechos y posibilidades. Por ello el autor afirma categóricamente que "es la defensa del sujeto, en su personalidad y su cultura, contra la lógica de los aparatos y los mercados, la que reemplazó a la idea de lucha de clases". Además hace hincapié en la necesidad de un conflicto de valores para que exista una democracia, no aceptando ningún principio central de organización, ni de racionalidad, ni de especificación cultural.

Como corolario podemos decir que lo primero es resistirse a cualquier forma de dominación, luego aparece la afirmación y el amor del sujeto, que es a la vez razón, libertad y memoria -es el punto fundamental- y por último, el reconocimiento de los otros para lograr vivir en sociedad. Finalmente Touraine alude a la imperiosa necesidad de ser creadores y productores, y de no quedarnos solamente en el papel de consumidores, siendo -para él- la ética secularizada y la educación democrática los principales sustentos de esta hombre postindustrial.

La cuarta parte versa sobre la democracia y el desarrollo, su estudio se circunscribe a la actualidad, donde la economía capitalista es vista como una nueva forma de autoritarismo a la cual es prudente poner límites, para evitar el primado de la "ley del más fuerte" y permitir de ese modo un crecimiento endógeno de los distintos países asegurando un ámbito mayor igualdad dentro del liberalismo económico reinante.

Por otro lado, tiene que haber una oposición entre el universalismo y el multiculturalismo tratando de congeniar lo uno con lo diverso; y para ello resulta apropiado tener en cuenta siempre el pasado y la herencia cultural de cada país, región, comunidad, etc., evitando toda clase de enfrentamientos. Aquí hace entrar a la religión por que la apelación a un principio trascendente puede llevar a enmendar discrepancias suscitadas dentro del régimen democrático.

Finalmente llegamos a la conclusión, donde Touraine expone cuál es el sentido que desea darle al término analizado.

La democracia actual tiene que surgir de la actividad creadora del sujeto (no siendo sólo necesaria la democracia negativa), que reconoce su importancia como eje de todo el sistema. Este es el encargado de enfrentarse contra toda clase de autoritarismo, de discriminación, de totalidad, de determinismo, etc. que atenten contra este nuevo ámbito democrático, basado en la libertad y en la igualdad de los individuos.

De ese modo la democracia no es un conjunto de principios legales e instituciones, sino que es una verdadera cultura, asimilable a una especie de *paraíso terrenal*, en el cual cada uno es responsable de su accionar libre y voluntario, pero siempre teniendo en miras el reconocimiento del otro y de sus derechos. Es allí donde desaparece la sociedad jerarquizada y todos los grupos sociales reciben las respuestas a sus demandas y en donde existe

una tangible diferenciación entre la sociedad civil y la sociedad política.

Este marco poliforme se basa en el respeto de los primados de las minorías, de otras culturas, de otras creencias, tratando siempre de llegar a una mejor integración entre las mismas. De ello se extrae que uno de los objetivos principales de toda la obra es congeniar lo uno con lo diverso, la libertad con la igualdad, la parte con el todo. Tarea que proviene de los ideales de *libertad, igualdad y fraternidad* consagrados por la Revolución Francesa, y que hasta el momento no han producido resultados satisfactorios.

A primera vista el mensaje del libro parece saludable y posible por que el llegar a constituir una sociedad política como la propiciada presenta la idea de una extensa comunidad de bienestar general sin ninguna clase de organización y control estatal (¿anárquica?), pero si uno indaga más profundamente, teniendo en cuenta los resultados provenientes de las experiencias históricas, probablemente llegue a la hipótesis de que la idea propuesta se acerca demasiado a la *utopía perenne*, en su versión del socialismo del siglo XIX.

Este intento denodado por construir una sociedad perfecta descansa en la idea del "hombre bueno por naturaleza" propia de la concepción liberal, según la cual todos somos libres e iguales. Sus propugnadores olvidan que la naturaleza humana ha sido "manchada" o corrompida por el pecado original e insisten en elaborar en esta tierra una utópica y perfecta "sociedad de ángeles".

Los individuos, pese a ser seres sociales, se dirigen espontáneamente a la consecución de sus propios fines, es decir, en cierto modo, devienen egoístas; y el logro del bien común requiere un esfuerzo individual y colectivo, pero inexorablemente según un modelo: la *Civitates Dei*. Una sociedad terrenal (*Civitates hominis*) basada sobre el primado de la libertad e igualdad humana, sin ningún tipo de apelación a Dios, termina inequívocamente en un gran latrocinio, en donde cada uno intenta imponer sus necesidades y derechos.

La *fraternidad* de la Revolución Francesa no es suficiente para compatibilizar los otros dos principios, sino que resulta necesario reconocer Un Ser Superior para conservar el orden general de los valores, sin perder por ello la justa separación entre el orden espiritual y el orden temporal. No resulta posible reemplazar la moral de Dios por una kantiana -meramente laica- ya que esta permanece en el ámbito del individualismo terreno, ni tampoco por un mero principio trascendente carente totalmente de fundamento y autoridad ("ni dioses, ni bestias", como afirmaba Aristóteles). En tal sentido el autor pretende sostener que el accionar del hombre no debe estar condicionado por ningún principio universal (Dios, Razón, etc.), porque al apelar a uno cualquiera de ellos perdería su libertad. Las viejas ideas anarquistas, que descansaban en el arcón de la abuela, reaparecen remendadas bajo un traje de última moda.

Amen de los dicho anteriormente, no podemos dejar de reconocer que las ideas fundamentales de Alain Touraine son un camino más -aunque equivocado- hacia el deseo positivo de lograr una sociedad más justa. Asimismo es correcta su advertencia sobre el peligro actual de la economía capitalista que está convirtiendo al hombre en una pieza más del sistema

dejándolo librado a las luchas subterráneas que provoca el *laissez faire* o a las presiones de los regímenes comunitarios, de carácter nacionalista y teocrático que -según el autor- se cierran sobre sí mismos.

Quizás Touraine hubiera encontrado la respuesta a su interesante y eterno dilema si hubiera recurrido a la lectura -claro que ajena a su biblioteca iluminista- de la ya casi centenaria Enciclica *Inmortali Dei* de León XIII cuando dice: "El hombre está naturalmente ordenado a vivir en comunidad política, porque no pudiendo en soledad procurarse todo aquello que la necesidad y el decoro de la vida corporal exige, como tampoco lo conducente a la perfección de su ingenio y de su alma, a sido providencia de Dios que haya nacido dispuesto a la unión y sociedad con sus semejantes, ... mas, como quiera que ninguna sociedad puede subsistir ni permanecer si no hay quien presida a todos y mueva a cada uno con un mismo impulso eficaz y encaminado al bien común, siguese de ahí ser necesaria a toda sociedad de hombres una autoridad que la dirija; autoridad que, como la misma sociedad, surge y emana de la naturaleza y, por tanto, del mismo Dios, que es su autor".

JUAN MANUEL HUBEÑAK

Más allá de la definición genérica de democracia ("régimen que tiene por fin principal asegurar la igualdad, no sólo de derechos, sino también de oportunidades"), Alain Touraine nos introduce en una problemática tan antigua como el mundo civilizado mismo.

El autor incursiona en lo que él cree son las tres dimensiones básicas de la democracia: derechos del hombre, ciudadanía y representatividad. Siguiendo con la línea de su anterior trabajo "Crítica de la Modernidad", ahonda el hecho que en América Latina considere a la democracia alcanzada con el sólo hecho de acabar con las dictaduras militares. También señala que son los valores morales los que a su criterio deben regir la organización social, y que no basta con la economía de mercado para garantizar el desarrollo ni la democracia.

Touraine critica duramente al liberalismo, ya que expresa que dicho régimen se limita a garantizar la libre elección de los gobernantes, sin preocuparse por el contenido de la acción de éstos. La crítica está dirigida principalmente al hecho de la legitimidad de esos gobernantes. El autor se pregunta: ¿Se puede llamar liberal a una sociedad barrida por olas de especulación, dominada por imperios financieros, manipulada por los encantos del consumo masivo que privilegia las demandas individuales sobre los intereses colectivos y sobre el deseo de justicia e igualdad? Finalmente sostiene que "ni el *welfare state*, ni los nuevos nacionalismos se reflejan en la concepción liberal de la sociedad".

Dejando por un momento de lado las apreciaciones de Touraine -y no tanto-, es imprescindible rescatar que este texto nos lleva indefectiblemente a reflexionar con seriedad sobre el tema central del razonamiento: la democracia. Es por ello que debo citar a los clásicos del pensamiento para que nos hagan repensar con rigor la cuestión que hoy tratamos.

Gustave Thibon, hablando de la igualdad, nos da un ejemplo claro: dice que si bien los hombres son iguales -al ser creados por el mismo Dios-, encaran de manera diferente la esencia humana. Compara esto con un pentagrama: en él encontramos que la partitura está formada por notas diferentes que, sin embargo, al ser ejecutadas suenan armónicas. Para completar, dice que una sociedad será malsana en tanto que tienda a fundar su jerarquía sobre la diferencia muerta de las fortunas en detrimento de la diferencia viva de las funciones.

Por otro lado, y como expresa Nimio de Anquín, todo régimen político se corrompe tarde o temprano. Creer que hay formas incorruptibles es mitología que lleva al fanatismo y, en definitiva, a la revolución. Las formas políticas, en general, son instrumentales y no suplen al hombre. Por lo que la democracia como forma política es aceptable, pero sólo si es no liberal, es admisible (punto que coincide con la postura de Touraine).

El padre de la democracia, Alexis de Tocqueville, nos dice que no conoce forma más rica en oportunidades que la democracia americana. Asimismo, nos hace ver que sus pilares fundamentales son la igualdad y la libertad. También señala el hecho de que los hombres más talentosos se alejan de la política y que no son precisamente los más prodigiosos los que la gobiernan.

Con respecto a la postura católica, debemos decir que la Iglesia comparte la igualdad de los hombres en tanto creaturas, pero los considera desiguales en talentos y en pecados.

Por último, Norberto Robbio expresa sus cuatro paradojas: a) contraste entre la democracia considerada para pequeñas comunidades y las grandes organizaciones; b) eficacia del control democrático versus aumento desproporcionado del aparato burocrático del Estado; c) incompetencia del ciudadano ante la exigencia de soluciones técnicas a cargo de los especialistas; d) presupuestos éticos versus la sociedad de masas heterodirigidas. Ante esto nacen tres problemas: ingobernabilidad, privatización de lo público y el poder oculto o invisible. El único antídoto posible que Robbio ve es que el poder de los ciudadanos crezca proporcionalmente al poder del Estado.

Ahora sí, luego de este extenso pero necesario recorrido, podremos apreciar por qué es tan importante el libro del que tratamos. Su importancia radica esencialmente en que no se aparta de los enunciados básicos planteados por estos pensadores a lo largo de la historia. Touraine acepta la igualdad, pero no el igualitarismo; los partidos políticos, pero no la partidocracia; la libertad, pero no la tiranía de la mayoría. Defiende por completo el sujeto personal, creativo, innovador, imaginativo con opinión reciente e intereses establecidos. Sostiene fehacientemente que la fuerza del liberalismo en nuestros días proviene del hecho de que la democracia ha sido atacada en forma violenta por los regímenes autoritarios y totalitarios.

Como reflexión final sobre el texto sólo queda decir que se puede o no compartir varias apreciaciones del autor, pero sería necio desconocer la seriedad con la que trata el tema. Además, ir contra el análisis de la

democracia hecho por Touraine es ir contra los clásicos. Por último, quien no posea la capacidad de "ver mas alla" en esta cuestión, no puede siquiera pretender acercarse a algo tan simple y tan cierto como el estudio de Alain Touraine. Por dicha razón, quedará fuera del plano de la realidad para ubicarse en el de los entes de razón.

LUCIANO C. LUCENTINI

UNA OPTICA SOBRE EL PODER

"La naturaleza cambiante del poder norteamericano", Joseph S. Nye.
C.E.L., Buenos Aires, 1991, 245 páginas.

Recientemente, con el fin de la guerra fría, en los Estados Unidos ha cobrado inusitado vigor el debate acerca de la decadencia. Muchos creen que el país se ha extendido demasiado y que debe reducir sus compromisos externos. En esta obra el autor sostiene que este enfoque es una respuesta equivocada y que la decadencia norteamericana es una cuestión también equivocada, puesto que se aparta la atención del tema fundamental, a saber: ¿cómo está cambiando el poder en la política internacional moderna?

Y es precisamente por esta intención de analizar el poder y su naturaleza, con un enfoque particular, que resulta de sumo interés para los cientistas políticos que, de una u otra manera, se dediquen al estudio de las relaciones internacionales contemporáneas.

El autor, Joseph S. Nye, respetado profesor e investigador de la Universidad de Harvard, especialista en relaciones internacionales, fue autor además, junto a Robert Keohane en 1977, de una obra ya clásica en esta materia en la que expone su teoría acerca de las relaciones de poder entre los Estados en el mundo contemporáneo, conocida como teoría de la interdependencia compleja.

La interdependencia puede ser descripta como una condición. Se refiere a una situación de sensibilidad y vulnerabilidad mutua que afecta a todos los Estados, a causa de la inhabilidad de cada uno de ellos para alcanzar sus objetivos nacionales en forma autárquica. Estos no se pueden lograr a menos que otros Estados o sociedades suministren los bienes y servicios que no se tienen; o, si no, los costos que tendrían que pagar para liberarse de tales dependencias y aislar a la nación de tales contratiempos serían tan prohibitivos que implicarían sacrificios importantes de metas y valores nacionales. Es claro que el balance de la interdependencia varía de país a país, que algunos son menos vulnerables que otros, y que la condición universal cubre tanto a Estados que son capaces, por decirlo así, de propagar dependencias a su alrededor y de exportar más problemas de los que importan, como a Estados que están en una situación de dependencia unilateral de un socio dominante. Además, hay amplias variaciones en la distribución de las ganancias de la interdependencia entre la población de un Estado dado, o en la ubicación de las pérdidas incurridas dentro de una sociedad, según las estrategias internas y externas adoptadas por los

gobiernos. En resumen, de acuerdo a esta teoría, es fundamental para la estrategia de un Estado cómo maneje las relaciones de interdependencia a las que se halla sometido por los factores condicionantes del medio (históricos, económicos, culturales, militares, etc.).

A los fines de un análisis más profundo, el estudio del tema es abordado de la siguiente forma: en la Introducción explica los términos del debate contemporáneo en torno de la decadencia y discute su importancia; en la Parte I, se centra en la naturaleza del poder en el pasado, investigando la historia de las potencias hegemónicas y dominantes, desafiando la validez de las presentes comparaciones populares entre la Gran Bretaña victoriana y los Estados Unidos actuales y examinando en detalle el alcance y la naturaleza del poder norteamericano desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días; en la Parte II, cuestiona la capacidad de los actuales contendientes, Rusia, China, Europa y Japón, de reemplazar a Estados Unidos como la potencia líder mundial; en la Parte III explica por qué llega a la conclusión de que Estados Unidos seguirá siendo la potencia líder, aún basándose en el análisis tradicional del poder, lo que de ninguna manera permite que este país adopte una actitud complaciente. Por ello, examina la naturaleza cambiante del poder en el mundo moderno, a través de la teoría de la interdependencia, y explica los nuevos desafíos que tales cambios le presentan. Por último, intenta delinear una nueva visión estratégica para tratar el problema del liderazgo norteamericano en las décadas futuras.

Esencialmente sostiene que la idea de la decadencia ha preocupado a los políticos, analistas y estudiosos norteamericanos en varios momentos de su historia, incluyendo a los fundadores de la República Norteamericana.

Actualmente, algunos especialistas -el más conocido en nuestro medio quizá sea Paul Kennedy²-, sugieren que la situación norteamericana es típica del exceso de expansión imperial que se ha repetido todo a lo largo de la historia. Una nación que está creciendo -sostiene- construye su poderío militar para proteger sus intereses económicos en expansión, pero eventualmente el costo de aumentar el poderío militar debilita su poder y la nación es reemplazada por otra potencia económica en surgimiento.

Otros, como Samuel Huntington, sugieren en cambio, que tales preocupaciones recurrentes pueden ser más bien "mejores indicadores de la psicología norteamericana que del poderío del país".

Para Nye, decadencia es una palabra tramposa porque une dos conceptos bastante diferentes: por un lado, una disminución del poder externo y, por otro, un deterioro interno o declinación. Sin embargo, un país puede experimentar la decadencia en un sentido pero no en el otro. Obviamente, los dos conceptos de decadencia están vinculados. El deterioro interno puede contribuir a la pérdida de poder externo, pero a menudo es difícil identificar qué cambios internos fueron las causas principales de la pérdida de poder y cuando ocurrieron.

¹ "Poder e Interdependencia", GEL, Bs As. 1988.

² "Auge y Caída de las Grandes Potencias", Plaza y Janés, Barcelona. 1989.

Según el autor, el poder es relativo, depende en parte de lo que está ocurriendo en el país y más aún de lo que está ocurriendo afuera.

A lo largo de los siglos, -argumenta- los estadistas y otros observadores han percibido erróneamente la computabilidad métrica del poder. En términos tecnológicos, por ejemplo, según el sociólogo Daniel Bell, con la primera revolución tecnológica ocurrida hace doscientos años, con el advenimiento del transporte a vapor y la producción fabril por medio de máquinas, éstos se convirtieron en instrumentos fundamentales del poder. Cuando la segunda revolución llegó hace un siglo, la expansión de la electricidad y la ingeniería química permitieron la producción de elementos sintéticos y plásticos, éstos reemplazaron a los anteriores. La tercera, en curso, se basa en las computadoras y las telecomunicaciones. Así es que hoy en día, las materias primas y la industria pesada son índices menos críticos del poderío económico de lo que son la información y los servicios técnicos y profesionales.

Estas nuevas tecnologías está cambiando la noción de los mercados; ya no se trata de lugares geográficos, sino que se han convertido en redes globales. La velocidad y la flexibilidad de las respuesta a la nueva información se está volviendo cada vez más importante. Si Bell tiene razón, los indicadores adecuados hoy en día para medir el poder están vinculados con la fabricación y los servicios dentro de las industrias de información.

Los sistemas de planeamiento centralizados de la Unión Soviética y la China carecen de la flexibilidad necesaria para una economía de base informativa. Las economías europeas han sido más lentas que Estados Unidos y Japón para adaptarse al nuevo entorno. Japón ha hecho los avances más rápidos en la exportación de alta tecnología, pero estos avances se han hecho más a expensas del resto del mundo que de la participación norteamericana.

Por otra parte, si bien el exceso de expansión imperial a menudo se cita como causa del cambio en la posición de poder norteamericana, los hechos no apoyan la teoría. En Estados Unidos, hoy en día, sólo alrededor del 27% del presupuesto federal se gasta en defensa. Y a diferencia de los ejemplos históricos generalmente citados, los compromisos internacionales norteamericanos no implican la ocupación y el control de territorios ocupados. Contrariamente a esta teoría de la excesiva expansión imperial, la carga de defensa norteamericana actualmente es la más liviana de lo que era en los años '50, y la carga política de los compromisos norteamericanos es menor hoy en día que durante la guerra de Vietnam. Por lo tanto, las ideas *a priori* acerca de los efectos del gasto de defensa no pueden rescatar a la teoría de la excesiva expansión imperial de su problema fatal: simplemente no se adecua a los hechos vinculados con la posición norteamericana a fines del siglo XX.

La decadencia absoluta, en la cual hay una pérdida de recursos de poder críticos o de la capacidad de utilizar los propios recursos con eficacia, es menos común que una *decadencia relativa* en la cual los recursos de poder de los demás se vuelven mayores o son utilizados con más eficacia.

El problema norteamericano, sostiene Nye, no es el de la decadencia, como el de Gran Bretaña a principios de siglo, o el del desafío de un contendiente en surgimiento, como Alemania. Por el contrario afirma,

Estados Unidos probablemente siga siendo la potencia líder: sin embargo, tendrá que afrontar problemas de interdependencia sin precedentes que ninguna gran potencia puede resolver por sí misma.

Muchos de los nuevos temas de la política internacional -ecología, drogas, SIDA, terrorismo- entrañan una difusión del poder fuera de los estados hacia agentes privados y exigen que los estados se organicen para dar respuestas cooperativas. La clásica agenda geopolítica de seguridad internacional entre naciones independientes seguirá estos nuevos problemas de interdependencia transnacional. Una buena estrategia debe centrarse en ambos aspectos simultáneamente. Si nuestros análisis se realizan solamente en términos de las transiciones de poder del pasado, dejaremos de lado la consideración de lo que se presenta como nuevo en el futuro.

Demasiada preocupación acerca de la decadencia del poder en términos tradicionales, o demasiada complacencia acerca del statu quo, puede llevar a los norteamericanos a desestimar la importancia de la cambiante naturaleza del poder y, como resultado, a seguir estrategias erróneas cuando ingresen en el siglo XXI.

Lo dicho puede aplicarse a otros países, como el nuestro, ya que partir de un análisis equivocado de la naturaleza y las relaciones del poder en el escenario internacional contemporáneo puede llevarnos a seguir errando el camino en materia de política exterior, lujo que no podemos seguir permitiéndonos.

MARIANO CHRÉTIEN

EN DEFENSA DE LA TOLERANCIA.

"Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política",

Norberto Bobbio.

Taurus, Madrid, 1995, 190 páginas.

Bajo el título "*Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política*" llega a nosotros la última obra de Norberto Bobbio quien ha sido reconocido unánimemente como uno de los más notables juristas, filósofos y pensadores políticos de la actualidad.

Nacido en 1909, el peculiar recorrido intelectual de Bobbio parte del idealismo y la fenomenología, se nutre del existencialismo y las corrientes de izquierda para conectarse, finalmente, con movimientos de neto corte empirista. En materia política, el pensamiento de Bobbio proviene del contacto entre el liberalismo político (en la versión social de Stuart Mill) con otras dos tradiciones: el marxismo y el realismo político tributario de Maquiavelo¹. En *Derecha e Izquierda...*, Bobbio hace jugar esas tradiciones

¹ Perry Anderson, "La evolución política de Norberto Bobbio" en *Teorías de la democracia*, González y Quesada (Coords.), Barcelona. 1986.

de forma de justificar desde las ideas de libertad e igualdad la distinción entre derechas e izquierdas.

El objetivo del libro es rebatir la tesis que sostiene que a partir del derrumbe del Socialismo de Estado la distinción entre derecha e izquierda ya no tiene sentido. Según Bobbio, la desorientación de la izquierda proviene de problemas surgidos en el mundo contemporáneo y que los movimientos tradicionales de la izquierda no se habían planteado, y a causa de ello, han fallado algunos presupuestos sobre los cuales se habían fundado (en este sentido resulta muy gráfica la cita de C. Preve que equipara el desbarajuste creado en los hombres de izquierda por el desbarajuste del comunismo, con el personaje kafkiano que se despierta convertido en un inmundito bicho). La crisis del sistema soviético habría tenido como consecuencia no el fin de la izquierda sino de una izquierda delimitada en el tiempo. Pero no sólo ha existido una izquierda comunista, ha existido y existe todavía una izquierda dentro del horizonte capitalista: "mientras que existan hombres cuyo empeño político es movido por un profundo sentido de insatisfacción y de sufrimiento frente a las iniquidades de las sociedades contemporáneas, se mantendrán vivos los ideales que han marcado desde hace más de un siglo todas las izquierdas de la historia".

Desde que en 1934 escribía su primer artículo referente a "La filosofía jurídica en Alemania", sus escritos se caracterizan por ser modelos de sencillez, claridad conceptual y lucidez. Los que lo abordamos con la expectativa -habitualmente satisfecha por Bobbio- de encontrar en él una explicación accesible pero a la vez acabada y profunda, no estamos del todo conformes. Navega por algunas ideas de sentido común, pero su tránsito nos parece incompleto. En descargo del autor, podemos aducir que *Derecha e izquierda* fue concebido como un ensayo breve que, según propia confesión, obtuvo una repercusión mayor que la esperada. No pretendía erigirse en un punto de referencia para la definición de los conceptos de derecha e izquierda. Apenas si disimula que el objetivo central -quizás originalmente el único- es declarar que las izquierdas todavía existen, y que por lo tanto la diada izquierda-derecha sigue siendo útil.

Sostiene que en un universo como el político, constituido por relaciones de antagonismo entre partes contrapuestas, la manera más natural y simple de representar los conceptos es en forma de diada: "la misma categoría de la política se representa por medio de la diada "amigo-enemigo", que a nivel de la más alta abstracción resume la idea de la política como el lugar de antagonismo".

Se puede hacer un uso descriptivo, un uso axiológico y un uso histórico de la diada. Descriptivo, para dar una representación sintética de dos partes en conflicto; axiológico, para expresar un juicio de valor positivo o negativo sobre una de las partes; histórico, para marcar el paso de una fase a otra de la vida política de una nación. Aquellos que la utilizan, en uno u otro sentido, no dan en absoluto la impresión de usar palabras inútiles.

El criterio más frecuente para distinguir la derecha de la izquierda es el de la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de la igualdad. Sostener tanto que los hombres son iguales como que son desiguales depende únicamente de que se ponga el acento

sobre lo que tienen en común o sobre lo que los distingue. Se pueden llamar igualitarios a aquellos que, aunque no ignorando que los hombres son tan iguales como desiguales, consideran más importante para una buena convivencia lo que los asemeja; no igualitarios, a aquellos que, partiendo del mismo juicio de hecho, aprecian como más importante para conseguir una buena convivencia, su diversidad. Es precisamente el contraste entre estas últimas elecciones lo que logra, mejor que cualquier otro criterio, señalar las dos opuestas tendencias a las que ya nos hemos acostumbrado por larga tradición a llamar izquierda y derecha.

Lo igualitario parte de la convicción de que la mayor parte de las desigualdades que lo indignan, y querría hacer desaparecer, son sociales y, como tales, eliminables; lo no igualitario, en cambio, parte de la convicción opuesta, que son naturales y, como tales, no eliminables. La derecha está más dispuesta a aceptar lo que es natural, y aquella segunda naturaleza que es la costumbre, la tradición. El artificialismo de la izquierda no se rinde ni siquiera frente a las patentes desigualdades naturales que no se pueden atribuir a la sociedad. Al lado de la "madre naturaleza" está también la "madre sociedad". Desde la izquierda se tiende generalmente a considerar que el hombre es capaz de corregir tanto una como otra.

Cuando se atribuye a la izquierda una mayor sensibilidad para disminuir las desigualdades no se quiere decir que ésta pretenda eliminar todas las desigualdades o que la derecha las quiera conservar todas, sino como mucho que la primera es más igualitaria y la segunda es más desigualitaria.

El concepto de igualdad es relativo, "igualdad sí, pero ¿de qué, entre quién, basándose en qué criterio?. Afirmar que la izquierda es igualitaria no quiere decir que sea también igualitarista. Una cosa es una doctrina que tiende a reducir las desigualdades sociales y a convertir en menos penosas las desigualdades naturales, otra cosa es el igualitarismo, cuando se entiende como igualdad de todos en todo".

Bobbio sostiene que la posición que afirma que la igualdad es la característica de la izquierda y la libertad de la derecha, no es válida. Ambas sostienen una vocación por la libertad. Lo que sucede es que mientras la libertad es un status de la persona, la igualdad indica una relación entre dos o más entidades. Esto puede explicar por qué la libertad se puede considerar un bien individual, diversamente de la igualdad, que es siempre un bien social, y también por qué la igualdad en la libertad no excluye que sean deseables otras formas de igualdad como la de la oportunidad y de la renta, que requiriendo otras formas de igualamiento, pueden entrar en conflicto con la igualdad en la libertad. Al igual que con la igualdad, es necesario definir claramente la libertad. Una cosa es en efecto, gozar en abstracto de todas las libertades de las que gozan los demás; otra gozar de cada libertad de igual manera que todos los demás.

El mayor o menor valor atribuido al ideal de la libertad produce en el ámbito de la izquierda y de la derecha, la distinción entre el ala moderada y el ala extremista.

Un extremista de derecha y uno de izquierda tienen en común la antidemocracia. Filosóficamente, desde el punto de vista de la visión general del mundo y de la historia, comparten una posición anti-iluminista

(tanto historicista -Hegel, Croce, Marx- como irracionalista, en su versión religiosa -De Maistre, Donoso Cortés o vitalista Nietzsche, Sorel). Con respecto a la moral y a la doctrina de la virtud, los extremistas de orillas opuestas se encuentran, y en el encuentro hallan sus buenos motivos para oponerse a los moderados: las virtudes heroicas del coraje y la temeridad contra las virtudes consideradas despectivamente mercantiles de la prudencia, la tolerancia, la calculadora razón; virtudes necesarias en las relaciones de mercado y en el más amplio mercado de las opiniones, de los intereses en conflicto que constituyen la esencia de la democracia. Aunque no tienen en común el proyecto global de cambio radical de la sociedad, comparten la convicción de que en última instancia, precisamente por la radicalidad del proyecto de transformación, esto no puede ser realizado si no es a través de la instauración de regímenes autoritarios.

Es en la distinción entre extremistas y moderados en donde Bobbio formula su alegato más contundente. "Bobbio es ante todo un moralista que ha transmitido una tradición cultural y ética en la que sobresale la defensa del valor de la tolerancia"². A lo largo de toda su obra defiende con la mayor vehemencia este valor. Recordando el comienzo de su vida política -en la organización Giustizia e Libertà-, justificaba el fracaso de contagiar sus ideas a la sociedad italiana del tiempo de Mussolini declarando que "moralistas ante todo, preconizábamos una renovación total de la vida italiana, comenzando por las costumbres. Pero creíamos que para tal renovación no se debería hacer una revolución., Por ello fuimos rechazados por la burguesía, que no deseaba ninguna renovación, y por el proletariado, que no quería renunciar a la revolución"³. En Bobbio la tendencia filosófica al análisis y al empirismo ha ido de la mano de una concepción relativista pero no escéptica de la moral y de una ideología democrático-liberal firmemente enraizada. La pasión de Bobbio por la libertad no ha sido liberal en el sentido partidista o económico de este término, pues siempre ha sido acompañada de una perseverante lucha contra las desigualdades humanas injustas, colocándose entre los intelectuales del actual socialismo democrático.

A muchos nos costaría ubicarnos en el espacio político que plantea Bobbio. Creemos que muchas inclinaciones políticas que comparten muy poca cosa con las ideologías tradicionalmente declaradas de izquierda, se confundirían con éstas en el esquema del autor. Descarta demasiado apresuradamente el par tradicionalismo-progresismo que permitiría transitar con mayor soltura por las distintas connotaciones que desde la política han vertido los términos de izquierda y derecha a otros ámbitos de los social: valores tradicionales o de derechas, progresismo cultural o izquierda cultural, etc.

El planteo de la *díada* sigue vigente, esto queda rigurosamente demostrado. Lo que no queda claro es que si lo único que sobrevive de la distinción izquierdas-derechas es la diferente apreciación que de la igualdad se tenga, si todos los otros postulados que sostuvieron tanto unos como

² Ruíz-Miguel, A., "Filosofía y Derecho en N. Bobbio". Madrid. 1983.

³ "Politica e Cultura", Torino, 1955, p.281.

otros pueden mutar -y de hecho han mutado-, la distinción siga teniendo el mismo valor descriptivo. Siguiendo la distinción que plantea *Derecha e Izquierda* la izquierda se diluye o, en realidad, casi todo se diluye en la izquierda. Sobre el final del libro, Bobbio recoge una crítica a la que, en principio, podríamos adherir: "Si Bobbio, que puede ser considerado de izquierda, fuera adoptado como teórico de la izquierda, sería otra forma de decir que la izquierda ha dejado teóricamente de existir"¹.

PAULO ALVAREZ OVANDO

EL Gnosticismo en nuestros días

"La religión en los Estados Unidos. El surgimiento de la nación poscristiana", Harold Bloom.
Fondo de Cultura Económica, México, 1993, 294 páginas.

El libro que nos toca comentar es un libro informativo, agradablemente escrito y sumamente llevadero en cuanto a su lectura. Su autor es profesor universitario de Humanidades en Yale, y de inglés en la New York University. El mismo se define como un judío gnóstico modelado y conformado por el medio dentro del cual se mueve -esto es, la sociedad de los Estados Unidos de América-. Y apenas empezada la lectura de la obra en cuestión, podemos advertir que el autor considera a los norteamericanos como una nación sumamente religiosa, quizás la más religiosa de todas la de la actualidad; pero esa religiosidad -con su nota de agobiante omnipresencia-, ha dejado de ser protestante, como hubiésemos podido sospechar, y se ha mudado en una religiosidad adaptada tanto a su idiosincrasia como a sus aspiraciones nacionales.

Según Bloom, los últimos doscientos años han sido los protagonistas de esta mutación religiosa norteamericana de la cual han tomado parte algunos creadores de las más importantes manifestaciones culturales, como el grupo de escritores trascendentalistas (Emerson, Thoreau, Whitman), pensadores (William James) y expresiones religiosas propiamente hablando. Aquí, el autor se detiene con especial cuidado en las expresiones religiosas originarias de los Estados Unidos: mormones, pentecostales, bautistas -en su versión del Sur norteamericano-, adventistas del Séptimo Día, Testigos de Jehová -o Lectores de la Biblia-, amén de una importante cantidad de cultos afroamericanos, de creencias chamánicas indígenas y de la Nueva Era -"New Age"-, para los devotos seguidores de Nacha Guevara y heterodoxia vernácula al uso.

En su análisis, Harold Bloom descubre que éstas adolecen de males semejantes, debido a que comparten comunes raíces: gnosticismos de color

¹ G. Baget Bozzo

variopinto, orfismos -de California, y más lejanos-, protocristianismo -o quizás, mejor sería decir "interpretaciones diversas del cristianismo primitivo", de certísima ausencia de ortodoxia-, doctrinas Cabalistas, y demás... Este caldo de cultivo fue el principal nutriente de la *religión nacional norteamericana*, que es mucho más norteamericana que religión.

De semejante galimatías, se pueden extraer ciertas notas que nos parecen características de dicha religiosidad:

1. Es radicalmente immanente, dándose la plena identificación entre lo divino y lo humano -lo más propiamente humano-, particular e individualmente considerado;
2. La "chispa" -*spinker*, del gnosticismo-, o semilla divina, que ha sido sembrada en cada uno de los seres humanos, sufre un proceso en el que se desarrolla hasta llegar a ser la misma personalidad divina;
3. El medio a través del cual se obtiene ese crecimiento, ese florecimiento, es la *gnosis* -conocimiento esotérico residual, heredado de las religiones místicas de la cuenca del Mediterráneo, absorbido y pésimamente digerido por los "espíritus creadores de la religión" de los Estados Unidos-, la *experiencia* -"sentir la presencia de Cristo a mi lado, sólo y únicamente para mí"- o una *vivencia personal* -una "sanación por la fe", o una "manifestación de los dones del Espíritu, por lo cual hablo en lenguas (glossolalia)"-, medios que no revisten similitud -y mucho menos se identifican- con la fe en dogmas o con la obediencia a una autoridad jerárquica.

Entre los hechos más destacables de la religiosidad norteamericana, se halla el que se identifiquen con una *misión salvífica del mundo* -recordemos la identificación que se hace de la Salvación Eterna con la salvación a niveles immanentes, es decir, "salvación *hic et nunc*"-. No otra cosa parecieran haber sido los conceptos de "Destino Manifiesto", la "Marcha al Oeste", o inclusive, expresiones como "América para los americanos". La identificación de la religiosidad estadounidense con dos realidades, como son la *libertad* y la *soledad*, también juegan su lugar de relieve en el sentimiento religioso norteamericano -el que muchas veces se encuentra teñido de sentimentalismo dulzón...¡pero *light!*-. Las notas de *individualismo*, *antiintelectualismo pragmático*, *irracionalismo* y *entusiasmo exuberantemente desbordado*, son también notas propias de una nación infantil desde el punto de vista religioso.

Es duro reconocer algunos asertos vertidos por Bloom en su obra, pero la *primera caridad es para con la verdad*: él manifiesta que muchos de los elementos que aquí hemos mencionado como propios y constitutivos de la religiosidad norteamericana, pueden hacerse extensivos a todos los credos religiosos que existen en el suelo estadounidense. Así, el catolicismo apostólico y romano, el judaísmo ortodoxo, el islamismo y los credos protestantes históricos, también comparten esta suerte de *sincretismo*, en mayor o menor medida.

Más en relación con nuestra específica labor de cientistas políticos -en acto como en potencia-, están los capítulos referidos a las conexiones entre algunas de las poderosas sectas (los mormones, específicamente) con el Gobierno norteamericano, y con algunas de sus principales "agencias" -

CIA, FBI..., sin contar con el apoyo económico que dichas poderosas organizaciones religiosas tienen y manejan.

Hay un aspecto que quisiéramos considerar, y es el del *milenario* de casi todas estas sectas. Cabe la mención del tema porque establece un insospechado punto de contacto entre las *sectas* y la *Teología de la Liberación* -entiéndase aquí ésta en la versión de los padres Gutiérrez, Boff, Sobrino, Segundo, Assmann y otros, censurados todos por la Santa Sede.

Genéricamente, y tal como arriba hemos mencionado, la relación entre estos credos *tan norteamericanos* y el resto de las religiones institucionalizadas de aquel país, es inexistente, a no ser por una tendencia *nominalista*, y por el empleo de la Biblia -las más de las veces, empleada como un fetiche entre los pastores y los fieles.

Particularmente, estamos interesados en la *New Age*, en cuyo fondo vemos un *naturalismo* muy a tono con los tiempos que corren: *naturalismo que siega de raíz la Trascendencia*. Como solía decir Chesterton: "Quitad lo sobrenatural, os quedaréis con lo antinatural".

Sin embargo, y pasando ya del comentario del libro de este experto en literatura y humanidades, querríamos hacer ciertas salvedades.

Primeramente, nuestra sensibilidad de católicos practicantes se ve un poco picada por algunos de los comentarios del autor -por ejemplo, la opinión del mismo acerca de *San Juan Evangelista*-, y la liviandad con la que vierte sus expresiones en torno de aquél a quien Jesucristo permitió recostarse su cabeza sobre Su pecho en la Última Cena. Realmente, disgustante.

En segundo lugar, nos surgieron las dudas acerca de quién es el beneficiario de un libro de las características del que comentamos. Llegamos a la conclusión que:

a) Pese a un contenido contrario a los cultos estadounidenses nativos, de hecho los hace conocer, y se constituye en medio de publicidad para los mismos;

b) Aunque el autor se reconoce judío asimilado a la cultura de manifestaciones gnosticistas de los Estados Unidos, se nos aparece también como un *chaman* que nos da a conocer -bajo una forma atractiva, como es su escrito- otras tantas versiones de la religión estadounidense -quien esto no crea, queda invitado a leer el libro "*El Escritor J*", del mismo autor, y en donde se expone la absolutamente heterodoxa y ofensiva "sugerencia" por la cual los primeros libros de la Biblia no serían divinamente inspirados, sino obra de una mujer-. Un gran amigo nuestro decía del doloso jesuita Teillard de Chardin, y su también heterodoxa hipótesis del Punto Omega: "Como poesía, puede valer; ahora como teología... ¡Macaneo! (En aquel momento le creímos: estaba doctorado Teología en la Gregoriana de Roma; en este momento, ante los escritos de Bloom, *mutatis mutandi*...).

c) Como todos sabemos, *nada envejece tanto como la última novedad*; pero de ahí a que se pretenda hacer una religión con bases tan burdas, es otra cosa. De hecho, tan estrafalarios e incoherentes fueron los gnosticos Valentino, Focio, Marción o Bassilides, como la "actual" Nueva Era... "*¡cosas veredes, Sancho!*".

d) *Waco*. David Koresh. Los "Davidianos".

En definitivas cuentas, el libro es aprovechable; claro, siempre que se lo sepa espulgar. Como decíamos al comienzo, vale a título informativo, vale por la documentada información que brinda, vale también por sus índices claros y exhaustivos ¡oh, manes de Santiago!... Y a nosotros, en particular, nos valió para releer otros viejos libros, que nos llevaron a buscar otros más, viejos y nuevos.

Nota: Vaya mi reconocimiento para con W. Gardini, que hizo la crítica del libro del que hemos hablado en el periódico *La Nación*, del 28 de mayo de 1995. Su comentario nos llevó a leerlo. Vale.

LIC. LUIS M. CASAGRANDE A.

SOBRE EL ORIGEN DEL ESTADO NACIONAL

"Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990", Charles Tilly.
Alianza Editorial, Buenos Aires, 1993, 378 páginas.

Estamos acostumbrados a considerar el surgimiento de los modernos Estados nacionales como un proceso natural que se llevó a cabo en las principales naciones europeas (Inglaterra, Francia y España) a fines de la Edad Media. Estudiamos sus principales características (afirmación del soberano frente a los señores feudales, surgimiento de burocracias centralizadas y ejércitos nacionales, administración estatal de justicia, etc.) observándolas desde el siglo XX, es decir, desde el punto de vista del resultado, del modelo terminado. El Estado nacional, considerado como la quintaesencia de la organización política, nos parece algo tan natural que apenas nos preguntamos por qué las alternativas plausibles a él -como los imperios nacionales de tipo asiático- no tuvieron éxito en Europa.

Si tenemos en cuenta que en 1490, los ochenta millones de europeos se repartían en unos quinientos Estados, aspirantes a Estados, pequeños Estados y organizaciones de carácter estatal y en 1990, seiscientos millones se dividen en unos veinticinco a veintiocho Estados, veremos que el proceso de formación de los Estados nacionales no ha sido tan sencillo y que han sido muchos los tipos de organización política que han quedado en el camino.

Charles Tilly, especialista en el estudio de grandes estructuras, procesos amplios y comparaciones enormes, por medio de un análisis que combina la historia, las ciencias políticas, la economía y la sociología, nos muestra el camino que ha seguido Europa en los últimos mil años. Desde esta perspectiva "macrohistórica", el autor nos ofrece un modelo de interpretación desde el cual es posible seguir la trayectoria de los Estados europeos desde el año 990 hasta la actualidad.

Tres son las cuestiones que Tilly plantea a lo largo del libro: cuál es el proceso que lleva a la conformación del Estado moderno en Europa tal cual lo conocemos hoy, que distintos caminos se han tomado para llegar a él, y

cómo logró prevalecer sobre otras formas de organización política. El enfoque macrohistórico permite el análisis de estos grandes procesos mediante generalizaciones apoyadas en datos históricos.

El punto de partida del autor es la afirmación que la preparación para la guerra -especialmente a gran escala- compromete a los gobernantes, inevitablemente, en la extracción de los medios para la misma (hombres, armas, avituallamientos y/o dinero) entre quienes los poseen y que por supuesto se resisten a entregarlos. La extracción y la lucha por los medios para la guerra crearon las estructuras organizativas centrales del Estado (tesorerías, cortes, administraciones, etc.). Se crea una infraestructura de tributación, abastecimiento y administración, con intereses y poder propio, que exige su propio mantenimiento y que a menudo aumenta más rápidamente que los ejércitos y marinas a los que sirve.

Las diferencias entre los distintos tipos de estructuras estatales radican en parte en la dialéctica entre ciudades y Estados que surgiría después del 990. Pues la coincidencia de una red urbana tupida e irregular, con la división en numerosos Estados bien definidos y más o menos independientes, acabaría por diferenciarse a Europa del resto del mundo. Tras la cambiante geografía de ciudades y de Estados operaba la dinámica del capital (cuya esfera predilecta eran las ciudades) y del poder coercitivo (que cristalizó ante todo en los Estados). La indagación sobre la interacción entre ciudades y Estados se convierte rápidamente en una investigación sobre el capital y la coerción. La idea central de Tilly es que las diferencias entre los tipos de Estados responden a la distribución del poder coercitivo y el carácter de la economía prevaleciente.

En cada etapa de crecimiento de los Estados europeos, surgieron varias combinaciones de capital y coerción, de acuerdo a la mayor o menor concentración o intensidad de una variable en relación a la otra. De este modo tendremos tres vías de construcción del Estado moderno.

En la modalidad intensiva en coerción (zonas de pocas ciudades y predominio agrícola, donde la coerción directa desempeñaba un importante papel en la producción) los soberanos exigían los medios para la guerra a sus propias poblaciones y a las que conquistaban, construyendo ingentes estructuras de extracción. Rusia ilustra esta modalidad intensiva en coerción.

En la modalidad intensiva en capital (zonas de múltiples ciudades y predominio comercial, donde prevalecían los mercados, el intercambio de una producción orientada al mercado), los gobernantes recurrían a pactos con los capitalistas para contratar o adquirir fuerza militar, y por ello guerreaban sin levantar vastas estructuras permanentes de Estado. Las ciudades-Estado, los imperios, las federaciones urbanas y otras formas de soberanía fragmentada pertenecen a esta vía de cambio. Venecia y la República Holandesa ejemplifican esta modalidad.

En la modalidad intermedia ("coerción capitalizada"), los gobernantes participaban de los dos modos anteriores, pero empleaban una porción mayor de sus esfuerzos que sus vecinos intensivos en capital en la incorporación de capitalistas y fuentes de capital directamente a la estructura del Estado. Francia e Inglaterra adoptaron al fin la modalidad de coerción capitalizada, la cual produjo plenos Estados nacionales y antes que las otras modalidades y demostró ser más eficaz en la guerra, y por ello

constituyó un modelo obligado para aquellos Estados surgidos de otras combinaciones de capital y coerción.

La índole de Estado que predominó en una época y parte determinada de Europa varió enormemente. Hasta muy avanzado el milenio no ejercieron los Estados nacionales una superioridad clara sobre las ciudades-Estado, las federaciones, los imperios y otras formas de Estado comunes en Europa. Pese a todo, la creciente escala bélica y la trabazón del sistema europeo de Estados a través de la interacción comercial, militar y diplomática, acabó por dar superioridad militar a aquellos Estados que podían desplegar ejércitos permanentes; ganadores fueron los Estados con acceso a una combinación de grandes poblaciones rurales, capitalistas y economías relativamente comercializadas. Debido a su mayor capacidad para traducir los recursos nacionales en triunfos militares, ellos fijaron los términos de la guerra, y su forma de Estado llegó a ser predominante en Europa. Finalmente los Estados europeos convergieron en dicha forma: el Estado nacional.

La simplificación del argumento que realizamos por razones de espacio puede dar lugar a que se interpreten como arbitrarias varias de las afirmaciones que hemos expuesto. Sin embargo, aún las tesis aparentemente más discutibles están basadas en sólidos razonamientos, amplios conocimientos históricos y en una bibliografía impresionante. Este libro, por el que pasan temas como la formación de los ejércitos nacionales, la expansión de las funciones del Estado, la creación y desarrollo del sistema europeo de Estados, el nacionalismo, los imperios coloniales europeos, la Revolución Francesa y el papel de los militares en la vida política, entre otros, es altamente recomendable, sobre todo para quienes se interesen en los temas histórico-políticos.

LUIS LEYRO

UNA ERA EN PERSPECTIVA

"La guerra fría. (1945-1972)", de Jean Heffer y Michel Launay.
Ed. Akal, Madrid, 1992, 290 páginas.

Una de las dificultades para quien intenta acercarse a la compleja temática de la historia de nuestros días consiste en la cantidad enorme de información, aún no procesada, ni ordenada en manuales u obras generales, quizás por la proximidad temporal como también por las serias dificultades que precisamente genera esta cantidad de material impreso y que ahuyenta al más valiente de los historiadores -en pugna con sociólogos y politicólogos- que quiera intentar una labor de síntesis.

Precisamente, en la interesante y actualizada colección de *Iniciación a la historia* que dirige el prestigioso historiador francés Michel Balard, la Editorial Akal ha tenido la excelente idea de traducir uno de los intentos más fructíferos de síntesis de la Historia contemporánea llevados a cabo,

y publicarla como tercer volumen de la misma, bajo el adecuado título de *La guerra fría*, tal la obra que hoy reseñamos.

Como bien señala Balard en el prólogo, se trata de un texto de iniciación y precisamente en ello radica uno de sus logros más importantes, en la medida que ofrece a los lectores -estudiantes y curiosos- un excelente acercamiento introductorio, metodológicamente ordenado, de una época histórica que hoy muchos consideran "cerrada", pero que recién comienza a estudiarse científicamente: la guerra fría.

EL trabajo ha sido realizado por Jean Heffer de la Universidad de París I, que se ha especializado en historia económica y particularmente de los Estados Unidos de América, a la que ha dedicado gran parte de sus libros, entre ellos *Les origines de la guerre de Sécession* (París, 1971) y *La civilisation américaine* (París, 1979), secundado por Michel Launay, también de la Universidad de París I, pero orientado hacia la historia sindical, a quien se debe, entre otros un estudio sobre *L'Armistice de 1940* (París 1972).

El carácter completo de la obra se apreciará mejor si efectuamos una rápida síntesis de sus capítulos. En primer lugar se estudian los avances técnicos y sus consecuencias, con especial referencia a los llamados "sectores de punta" (espacio, electrónica, informática, ...), remarcando el papel que le cupo a los Estados Unidos de América y a los países desarrollados de economía de mercado. Los autores dedican un importante lugar al análisis del crecimiento de las economías occidentales y a las cuestiones monetarias, a partir de la que llaman "era de inflación". De no menor interés es el capítulo que enumera los aspectos del nuevo capitalismo: concentración, firmas multinacionales, keynesianismo y funciones del Estado, planeamiento y Comunidad Europea.

Los autores pasan del tema económico al social y allí resulta relevante el análisis que efectúan -con abundantes gráficos y estadísticas- de la evolución demográfica en las sociedades occidentales, vinculada con el proceso de urbanización. La estratificación social es, a su vez, objeto de interesantes apreciaciones que superan con creces el tema, incursionando en otros aspectos de la cuestión social como lucha de clases, movilidad social o élites económicas.

El posterior estudio de la evolución de las instituciones en las democracias liberales incluye referencias a la diversidad de las formas, la evolución de los poderes o las libertades, antes de proseguir con el análisis de los actores políticos (cuerpo electoral, partidos, grupos de presión o alternancia del poder).

Concluido el estudio de las "democracias liberales" los autores se dedican a los "países socialistas", repitiendo el esquema que se inicia con el estudio de sus economías, para dedicarse luego a las sociedades (campesinado, obreros, la *intelligentsia*) y también a la evolución demográfica y a las instituciones y vida política.

La China comunista es motivo de un capítulo especial que sintetiza adecuadamente los aspectos más significativos de su desarrollo político, económico y social de la postguerra. De manera similar se estudian los

llamados "países subdesarrollados", con especial referencia a la "explosión demográfica", a la urbanización y al hoy prácticamente concluido proceso de descolonización. Los aspectos económicos y sociales del subdesarrollo también merecen un tratamiento especial, previo al estudio generalizado de las instituciones y vida política de dichos países desde su independencia. En este acápite se analizan temas como las debilidades de los Estados, la corrupción, la diversidad de formas políticas, las ideologías y los regímenes liberales y autoritarios, con permanentes ejemplificaciones.

El libro quinto y última- estudia las relaciones internacionales, estrictamente la denominada "guerra fría" bajo subtítulos como «Orígenes y comienzos», y «De la guerra fría a la coexistencia pacífica». Los autores incorporan un capítulo sobre la evolución del armamento y de la estrategia de los dos grandes, y otro referido a las instituciones internacionales -uno de los mayores aportes de este período histórico- y a sus intervenciones.

La política exterior de los dos grandes, de China, de la Europa Occidental y del Tercer Mundo tampoco está ausente de los temas estudiados en esta breve pero completa síntesis introductoria a nuestros días, la "postguerra fría".

El libro concluye con un capítulo destinado al que llaman "un nuevo reparto" (1974-1980), en el que se hacen referencias a la crisis del petróleo y encarecimiento de la energía, a los avances y retrocesos en los derechos humanos, al fin de la supremacía norteamericana y al letargo de los Estados Unidos, como también son objeto de análisis la aproximación chino-norteamericana, la construcción europea y el despertar del Islam.

Esta simple mención de los aptos tratados permite percibir el carácter de la obra y la amplitud de los temas que abarca, convirtiéndose en una excelente síntesis introductoria a la temática de las últimas décadas.

Prácticas indicaciones metodológicas, comentarios de textos adecuadamente seleccionados, guía de temas claves y bibliografías razonadas (lamentablemente casi limitadas a la lengua francesa) amplían el marco de orientación para aquellos que deseen profundizar el conocimiento de los diferentes aspectos citados y la clara percepción del Estado actual de las cuestiones permite a los interesados emprender la lectura de manuales, tratados, memorias, estudios monográficos, fuentes, con el conocimiento introductorio adecuado.

Coloridos mapas correctamente elaborados y bien elegidos, anotaciones complementarias marginales, vocabulario técnico, croquis, cronologías comparativas, índices de nombres geográficos, de personas y de siglas, acentúan el valor de este estudio introductorio que, más allá de las posibilidades de disenso de enfoques, cumple con creces su objetivo de instrumento de trabajo. Como tal, no debiera faltar como material de información básica en ninguna biblioteca destinada a comprender el mundo actual.

FLORENCIO HUBEÑAK

EL NUEVO SISTEMA DE DEFENSA MUNDIAL

“Seguridad y defensa, en la posguerra fría”, varios autores.
Círculo Militar, Buenos Aires, 1994, 217 páginas.

El libro que a continuación comentamos, tuvo su origen en un grupo de académicos que, preocupados por la situación mundial luego de la caída del Muro de Berlín, se interesaron en acercar enfoques, puntos de vista y datos novedosos, útiles para oficiales militares principalmente.

Sin embargo, el interés creciente en este tema hizo que el Círculo Militar publicara el resultado de estas investigaciones para ponerlas al alcance de todos los que de alguna manera consideran que este tema estará presente en los años venideros.

La obra se divide en ocho artículos elaborados por otros tantos académicos investigadores. El primero de ellos hace alusión al renacer del pensamiento estratégico argentino y es realizado por el Dr. Jorge Castro, reconocido especialista en temas internacionales. Dicho artículo tiene la sola finalidad de prestigiar la obra con el renombre de su autor, no constituyendo un aporte significativo, pues sólo consume una muy pequeña parte a modo de artículo periodístico editorial.

De todos modos, allí se esbozan diferentes conceptos que deben ser tenidos bien en cuenta, como por ejemplo, las definiciones de política de defensa, sus objetivos, la defensa nacional y la política internacional.

Es el ensayo *El poder militar y el Estado en transición*, de María Cecilia Politi y Eduardo Jorge Saavedra, donde comienza verdaderamente el libro. Aquí observamos cómo el Estado se ha encontrado con un conjunto de “mutaciones” que desdibujan sus límites con la sociedad civil y con los demás actores del sistema internacional. “A partir de la caída del Muro de Berlín, el sistema internacional registra un intenso período de cambios que afectan a todas las instituciones políticas del planeta, caracterizado por un nivel de competitividad y conflictividad mayor al que el mundo experimentó durante los cuarenta y cinco años de Guerra Fría. A la vez que podemos visualizar un período de transición en el cual las dudas y las incertidumbres son las notas salientes que inauguran un lapso pleno de acontecimientos novedosos”. Así reza el primer párrafo de este artículo, y expresa claramente la crisis por la que atraviezan el Estado y sus Fuerzas Armadas, quienes deben buscar nuevas formas de apoyar y reforzar la política exterior del país.

El escrito siguiente es el que Mariano César Bartolomé titula *Novedades y posibles reorientaciones de las cuestiones vinculadas a la defensa en el caso de Estados Unidos*. En primer lugar, se muestra el contexto en el cual los Estados Unidos deben plantear -o replantear- su política de defensa. Se exponen las distintas visiones existentes dentro de Norteamérica con respecto a las medidas que se deben tomar, y es aquí donde aparecen las llamadas líneas duras y blandas (“halcones” y “palomas”, respectivamente) que caracterizaron a republicanos y demócratas en la adopción de los máximos lineamientos de la política exterior. Mientras que los “halcones” sostienen que los Estados Unidos no deben perder su hegemonía y deben

hacer prevalecer unilateralmente sus intereses, las "palomas" argumentan que es necesario redefinir los reales y verdaderos intereses del país del norte en el exterior, lo que habla a las claras de un no intervencionismo tan acentuado, contrario al que caracterizó a las administraciones republicanas de Ronald Reagan y George Bush. Bartolomé detalla los pormenores de las diferentes intervenciones de Estados Unidos en misiones de mantenimiento de la paz (*peacekeeping*) o de imposición de la paz (*peacemaking*) y la conveniencia o no por parte de los Estados Unidos de continuar con ese tipo de participación para mantener la hegemonía y el liderazgo militar mundial. Más adelante detalla los inconvenientes que trajo aparejada la reducción del presupuesto militar por la administración Clinton y el futuro de las grandes instituciones como la OTAN, el Consejo de Seguridad de la ONU y otras.

Un artículo que reviste singular importancia es el de Javier Ulises Ortiz sobre los conflictos de baja intensidad (CBI) en la postguerra, ya que los mismos se transforman en conflictos de mediana intensidad luego de la finalización de la Guerra Fría, por haber estado contenidos por las grandes potencias. Es decir que aquellos enfrentamientos político militares limitados con fines político sociales, económicos o psicológicos (como define a los CBI el Pentágono), pasan a ser abiertos o guerras convencionales, dejando de lado la actividad guerrillera que los caracterizó en la década del setenta y ochenta. "La conceptualización de los CBI, en tanto mecanismos de respuesta flexible frente a conflictos de carácter complejo, ha sido en ausencia de otras, un medio eficaz en el campo doctrinario de la seguridad. No obstante esto, la construcción de nuevos esquemas de seguridad estratégica, especialmente de carácter regional y que comprenden las nuevas amenazas (droga, terrorismo, narco terrorismo, etc.) comienzan a constituir respuestas más eficaces ante un escenario internacional cada vez más lleno de incertidumbre"

Posteriormente se trata el tema de *La industria de defensa en el nuevo contexto internacional* (Lic. José Lucero y Lic. Carlos Cengarte), en donde se definen dos grandes pautas: conversión y diversificación. Esto es lo que las grandes empresas de defensa deben realizar para su subsistencia luego de la transformación del espectro internacional. Aportando datos y números realmente interesantes, plantea la problemática que trae aparejada la reducción del presupuesto militar en los Estados Unidos y el destino de su industria de defensa

Seguidamente, Alberto Prieto nos interioriza sobre la *Transferencia de tecnología sensitiva en el Nuevo Orden Mundial*, reseñando y explicando a la vez todos los convenios y tratados existentes en materia de no proliferación misilística y de armas NBQ (Nuclear-Química-Bacteriológica).

Pero si alguno de los ensayos que contiene esta publicación merece ser destacado es, en cuanto a política internacional, el titulado *Crisis e intervención en los años '90 - El rol de la ONU*, del Lic. Eduardo Jorge Saavedra. Allí se informa detalladamente la evolución de las Naciones Unidas y sus diferentes tipos de intervención, incluyendo un pormenorizado desarrollo de cada una de estas. Hablamos así de siete tipos distintos de misiones, a saber: despliegue preventivo (Macedonia); mantenimiento de la paz o *peacekeeping* (Iraq, Kuwait); ayuda a la instrumentación de

acuerdos negociados (El Salvador, Namibia, Angola, Camboya); protección de envíos de ayuda humanitaria (Bosnia); pintando un país de azul (Somalia); imposición del cese del fuego (Sarajevo); imposición de la paz o *peacemaking* (Kuwait).

Hacemos nuestra la conclusión a la que arriba Saavedra, cuando dice que "la ONU se ha convertido en un foro relevante de discusión y reflejo de las carencias y límites que adquiere el orden internacional de la posguerra fría. En ese marco, los mecanismos institucionales de la paz y seguridad internacionales establecidos en la Carta de las Naciones Unidas no serían suficientes ante los diferentes conflictos sociales, políticos y económicos de fin de siglo".

DIEGO CAGLIOLO

EL MUNDO DEL FUTURO

"El Imperio y los nuevos bárbaros", de Jean Cristophe Rufin.
Ed. Rialp, Madrid, 1993. 225 páginas.

Experto en desarrollo en los países del llamado Tercer Mundo, el autor -de origen francés- ha publicado anteriormente varias obras vinculadas con similar temática, como *La piège humanitaire* (1986).

Su experiencia práctica, unida a su vasta formación cultural, le han llevado a efectuar un interesante análisis sobre las características del mundo actual, comparadas con el Imperio Romano y su relación con los bárbaros, interés acentuado probablemente por la importancia que en el ámbito francófono han adquirido últimamente los temas de "encuentro de culturas". Su idea de comparar nuestra época de "post-guerra fría" con los fines del mundo antiguo -anunciadores de "una nueva edad media"- ya habían sido profetizados hace varias décadas por el pensador ruso Nikolai Berdiaeff y posteriormente sugeridos por importantes intelectuales entre los que bastaría citar a Umberto Eco o a Jules Freund.

La obra que nos ocupa se subtitula "El abismo del Tercer Mundo" y parte de los interrogantes que acusa nuestra era a partir de la caída del muro de Berlín y del Imperio Soviético, que tanto motivara a Francis Fukuyama -como señaláramos en el número anterior- y a tantos otros politólogos actuales. Rufin compara estas inquietudes con los interrogantes de Catón y las lágrimas que derramara Escipión ante los muros de Cartago.

A su vez no duda en aceptar la conclusión del enfrentamiento Este-Oeste y su sustitución por un nuevo desafío: Norte-Sur. No duda que este gran vacío es similar al que significó la caída de Cartago para Roma; aquellos "fueron los últimos en haber vivido y experimentado una situación similar a la que nosotros acabamos de iniciar" (pág. 17). Perdido el enemigo, Roma quedó sola ante el resto del mundo y frente a los bárbaros sólo tenía dos opciones: llevarles su civilización o combatirlos.

En desacuerdo con el prematuro optimismo hegeliano de Fukuyama que anunciaba el fin de la historia bajo la hegemonía del "nuevo gendarme

del mundo", para Rufin -con mayor conocimiento histórico y realismo político- "para llenar el vacío surgido en la retirada de los soviéticos, el Sur va a desempeñar el papel de los nuevos bárbaros ..." (pág. 20).

El primer interrogante que coherentemente se plantea consiste en precisar qué es el Sur, al que -en su formación desarrollista francófila- identifica con aquello que llamábamos Tercer Mundo. Su respuesta -inconscientemente schmittiana- le hace ver que "el adversario no nos ha sido dado: va a haber que crearlo y darle unidad, proporcionándole una cohesión de la que ahora carece" (pág. 16). Más adelante define como bárbaros a todos los que no pertenecen al Imperio y se oponen a él (pág. 20).

Fundamenta su teoría al considerar que el mito del desarrollo se viene abajo ya que la evolución del Norte y del Sur se está dando en sentidos opuestos.

La primera parte del sugerente libro que reseñamos trata de encontrar los límites de la nueva ruptura -el enfrentamiento Norte-Sur que suplirá al Este-Oeste-, las oposiciones y el límite ideológico que separa al nuevo Imperio de los nuevos bárbaros. Para el autor la división recién comienza y será fuente inagotable de dramas y enfrentamientos en el futuro próximo.

Rufin, al partir del análisis de la ruptura Norte-Sur, encuentra nuevas *terrae incognitae*, que se observan en los mapas actuales -aún turísticos- que parecen repetir las antiguas cartas de los siglos pasados en que los espacios cerrados al "hombre blanco" se llenaban con elefantes y otros dibujos. Para quién conozca la historia del continente africano u otras regiones del Sur es cada vez mayor la cantidad de tierras cerradas al Norte y nuevos bárbaros tienden a perderse otra vez en la inmensidad de esas regiones, en el interior de las cada vez más misteriosas tierras del Sur.

Pero éstas parecen diferentes; están dominadas por movimientos rebeldes en permanente actividad cuyo número aumenta inexorablemente (especialmente en el África Subsahariana: bastaría enunciar Etiópía, Ruanda-Urundi o en el Asia a Bengala o Sri Lanka, o inclusive algunas *favelas* brasileras convertidas en tierra de nadie). A ellos debemos agregar el desmesurado crecimiento demográfico y la consecuente incertidumbre de su número poblacional como el no menos agravado problema de los refugiados.

Pero quizás la mayor gravedad del problema -en estos tiempos en que no es cierto que hayan muerto las ideologías- se produce en el campo ideológico. Bien afirma el autor que "pese a su variedad y contradicciones un tanto grotescas, no puede decirse que las ideas políticas del Sur sean algo pintoresco o digno de ser tomado a risa. Influyen sobre numerosos y anárquicos conjuntos de población en los que siempre hay gente dispuesta a desencadenar la violencia. Debemos analizar esta situación pensando no tanto en la vigencia de esta teorías como la fuerzan que tienen. Más allá de la variedad de las ideas políticas del Sur de nuestros días, es necesario fijar nuestra tensión en lo que tienen en común: una voluntad de ruptura con el pensamiento occidental y con cualquier racionalidad, incluida la marxista" (pág. 86). El mismo autor abunda añadiendo que "mientras que en el Norte las ideologías se han ido secando hasta convertirse en marchitos palos de madera, en el Sur germinan y se desarrollan convirtiéndose en inéxitos

fanatismos" (pág. 89). "El Sur aparece hoy ante los ojos del Norte como una especie de basurero de ideologías caducas que han arraigado allí en medio de toda clase de incoherencias, a manera de replicas monstruosas o grotescas de las ideas originarias" (pág. 90) y "devora tanto a las ideas como a los hombres, se los incorpora y los transforma" (pág. 91). En este aspecto rescata las ideas de Franz Fanon, en los aspectos en que reniega del marxismo ortodoxo del "hombre blanco". La tan mentada "desaparición del marxismo" se transforma así -según venimos exponiendo en reiteradas ocasiones- en una reaparición subterránea, en la exótica atmósfera del Sur, por una explosiva mezcla de lo religioso (teología de la liberación), y lo mítico (ancestral y paradisiaco), lo étnico (indigenismo) y lo nacionalista-regional, de la cual sendero luminoso o Chiapas son simples cabezas de iceberg.

Hoy sabemos que Norte y Sur usaron a estos países para sus luchas, pero éstas se les han escapado de las manos, no se limitaron a un instrumento pasivo, sino que los utilizaron para sus propios intereses oligárquicos y/o político-económicos. Y a su vez le quitaron la ética controlable (o reglas de juego) que las motivaba y que desaparece en los movimientos liberadores actuales. También se acentúa el divorcio económico entre Norte y Sur, al estilo romano que cita Tácito; hoy se ha remplazado la idea de ayuda por la confrontación.

En la segunda parte del libro -que denomina *Ideología del Limes*- Rufin intenta definir las normas por la que se rige esta oposición. Señala que algunas partes del mismo ya están claramente definidas, mientras que otras sólo se están perfilando. Hoy podemos intentar un trazado preliminar que bordea la línea del Ecuador: el foso del Mediterráneo, el Amur, el indefinido Oriente Medio.

El autor, siempre adoptando los ejemplos de la historia romana, compara la época actual con las medidas del emperador Dioclesiano; que genera con su sistema tetrárquico varios centros de poder. Según Rufin la actual tetrarquía estaría compuesta por U.S.A., Europa, Rusia y Japón y "el *limes* es su ideología unificadora" (pág. 160). Más adelante examina la posición de cada uno de ellos: reconoce la superpotencia de los Estados Unidos pero se pregunta a qué costo y de allí deriva la necesidad del reparto del coste militar del nuevo "gendarme del mundo", ya practicado en la guerra del Golfo.

Rufin precisa que la ideología liberalismo-democracia-capitalismo sintetizada hoy como "los derechos humanos" caracteriza al *limes*, mientras que el pragmatismo es la política a seguir respecto al Sur.

En cuanto a Europa distingue su política defensiva (migratoria) ante el Sur; Japón, en cambio, se ha convertido casi inadvertidamente de modelo para el Sur en modelo para el Norte, acentuando su propia tendencia hacia la hegemonía regional, que le lleva a controlar el *limes* extremo oriental (¿Quizás un nuevo imperio del Oriente?).

En general, el Norte ha optado por la creación de un *limes* defensivo (cordón sanitario, nueva cortina de hierro) que implica abandonar al Sur en todos los aspectos, excepto los que respondan a los intereses del Norte: demográfico (control de población), económico (selección de ayuda), político (apoyo a las democracias estabilizadoras y que eviten migraciones), etc.

La ideología del *limes* funciona en círculos concéntricos según la fuerza de atracción del Imperio; así la primera que está en contacto inmediato se conforma con las regiones de estabilidad e intercambio comercial como México, Cuba, el Maghreb, Turquía, Irán, China o la India. En ella se aplica una adecuada diplomacia de "Estados tapones" que evite desbordamientos de las masas del Sur en sus líneas. Allí no importa el color político sino el cumplimiento del papel que les ha sido concedido. México, Turquía, Marruecos, el Irán de Rafsanfdjani, y aún la China «maltusiana». "Representa un modelo de estabilidad" (pág. 188). La segunda línea, más distante, no está controlada directamente, pero los comerciantes del Imperio (el Norte) la visitan y sus viajeros (¿turistas?) circulan por ella. Tales los casos de Israel, Sudáfrica, Panamá, Singapur, San Pablo, Río de Janeiro, Buenos Aires, Manila o Yakarta, verdaderas sucursales del Norte a las que no hay que defender como a los Estados tapones, dada su menor importancia estratégica. La tercera es tierra desconocida y peligrosa, de extensión indefinida, pero -por su lejanía- provoca indiferencia. Las grandes crisis en África (Liberia, Sudán, Somalia, Ruanda-Urundi) o en el Subcontinente Indio (Bengala, Sri Lanka) son claros ejemplos de esta posición. Allí conviene "que los indígenas se maten entre ellos".

En este nuevo contexto mundial las calamidades que antes eran combatidas con la teoría (¿el mito?) del desarrollo universal se convierten en útiles para salvaguardar el orden preexistente. "El objetivo ya no es unificar el Norte y el Sur, sino mantenerlo separados, evitar que la barbarie de uno entre en la civilización del otro. Y todos los medios para conseguirlo están justificados" (pág. 195).

De este modo "nuestra preocupación no consiste en saber si el *limes* contemporáneo será eterno. Indudablemente llegará un día, tras un largo período, en que, como toda situación histórica, llegará a su fin. Lo que por ahora nos importa es saber si el *limes* dará lugar a un equilibrio duradero" (pág. 201). En este caso conviene repetir la experiencia romana de incorporar a los otros pueblos al Imperio, de a poco. "El *limes* es sin duda un lugar de crecientes tensiones y enfrentamientos, no porque separe dos mundos diferentes, sino porque tiende a igualar sus dos orillas, haciendo perder toda justificación al estatuto desigual que las separa. Se trata de una diplomacia del *apartheid* a escala mundial" (pág. 211). Por ello es indispensable establecer un equilibrio militar duradero y despreocuparse por lo que pasa entre los bárbaros. Rufin no duda que "peligros como el terrorismo, el narcotráfico o la amenaza ecológica, lejos de poner en entredicho el *limes*, son argumentos para reforzarlo" (pág. 209).

El dilema consiste -según el autor- en que "si se renuncia a la justicia, se alcanzará la seguridad" (pág. 212) y de este modo el sistema parece viable y permite un nuevo orden mundial equilibrado.

Rufin concluye planteando tres alternativas posibles a esta ideología que parten de la toma de conciencia de "la profunda y total diferencia de naturaleza del *limes* Norte-Sur respecto al antagonismo Este-Oeste" (pág. 25).

Una, que denomina de Marco Aurelio, consiste en elegir la seguridad en detrimento de la justicia y para ello mantener el *limes* a fin de asegurar la supervivencia de los valores de la civilización. Implica la aceptación de

su contradicción trágica: la existencia de diferentes pautas para cada parte.

Otra, la de Kléver, supone la fraternidad y la integración de los nuevos bárbaros y en consecuencia desaparece el *limes* cerrado. Aunque Rufin no lo diga, el costo es la paulatina modificación de los valores de la civilización liberal-democrática.

Finalmente, la de Von Ungeln, se inclina por fomentar la rebelión del Sur contra el Norte. "A los que piensan que esto sucede porque no existe un modelo alternativo de sociedad y que el Norte se ha transformado en una gigantesca y absorbente tiranía, para todos los que piensan así, el destino del hombre, la libertad, la aventura y los ideales sólo se encuentran en el lado de los bárbaros, es decir en algún lugar de las estepas, como creía Von Ungeln" (pág. 224).

Cuál triunfará es una pregunta que aún no tiene respuesta para nosotros, pero "para aceptar o rechazar la ideología del *limes*, lo primero es que reconozcamos que existe" (pág. 225). Tal el objetivo de este trabajo que, más allá de lo mucho que dice, no vale menos por todas las reflexiones que motiva. Dicen los especialistas que los contemporáneos nunca se enteraron que cayó el Imperio romano. La lectura de esta obra resulta imprescindible para advertirnos que estamos ingresando -no en el "fin de la historia"- sino en nuevos tiempos, aún imprecisos pero desafiantes.

FLORENCIO HUBEÑAK

GUARDAR Y OBTENER SECRETOS

"El contraespionaje industrial, estrategia y táctica",
de Domingo Pastor Petit.
Ed. Deusto, Bilbao, 1993, 178 páginas.

Domingo Pastor Petit se hizo notar, hace algunos años, por unos sólidos trabajos sobre los servicios de Inteligencia durante la Guerra Civil española de 1936-1939.

La investigación en las fuentes, el contacto con los protagonistas y una exposición clara y minuciosa revelaron, de inmediato, al analista de raza. Todo esto llevó a que el autor se convirtiera en un reconocido experto en el área de Seguridad.

De ahí la altura e interés de esta, su última obra, desarrollada en torno al espionaje industrial, su prevención, sus causas y su futuro.

A lo largo del libro, el espionaje industrial-militar mantiene un puesto relevante ya que, como nadie ignora, tanto Occidente como Oriente -especialmente estos últimos- trataron de apoderarse, durante las décadas que duró la Guerra Fría, de los secretos mejor guardados del otro campo para beneficiarse de ellos. Y es que, como el propio autor se encarga de resaltar, la Inteligencia absorbe -poco más o menos- el diez por ciento de los gastos militares en el mundo. La obra trata de mostrar los distintos modos

para contrarrestar la acción del espionaje. A través de este libro el autor trata de mostrar que la causa de esta actividad es el temor a un mayor desarrollo militar por parte de otra Nación; especialmente si ésta es de Oriente.

Finalmente, Pastor Petit considera que en un futuro no muy lejano, este tipo de espionaje-militar tenderá a desaparecer, y prevalecerá un espionaje más dedicado al industrial-comercial.

LEONARDO MARZORATTI

NUEVAS REALIDADES INTERNACIONALES

"The Immigration Invasion", Wayne Lutton y John Tanton.
The Social Contract Press, E.U.A., 1994, 190 páginas.

Si se realizara un modesto racconto de los principales problemas de la llamada posguerra fría, el tema que ocupa a este libro, la cuestión de la inmigración internacional, seguramente se encontraría en uno de los primeros lugares del listado. En efecto, al echar un vistazo sobre la escena mundial, vemos que la mentada problemática se presenta a los países desarrollados como un asunto que requiere una imperiosa respuesta. Es así, desde el momento en que deben enfrentarse con dos datos por demás preocupantes: baja tasa de natalidad y de mortalidad, y alta tasa de inmigración, que provocan, por ejemplo, que Alemania desaparezca en trescientos años, que Estados Unidos se tenga sesenta y cinco millones de hispanohablantes para el siglo XXI, etc.

Los autores de este libro, ambos norteamericanos, se encargan de analizar el impacto (para ellos, "costo") de la inmigración de los Estados Unidos, y a tal fin dividen al trabajo en tres partes. En la primera plantean el problema, pero sin reducirlo -como se hace normalmente- a la repercusión en el mercado del trabajo, sino que por el contrario abordan temas como los costos en el sistema de salud y en los presupuestos de educación (hoy en pleno debate), la composición étnica y su impacto cada vez mayor en el plano cultural, la problemática del crimen, y por último, la influencia perniciosa sobre el medio ambiente y la calidad de vida.

En la segunda parte se realiza una breve descripción de las políticas inmigratorias que registra la historia de los Estados Unidos, detectándose los *lobbies* que presionaron y presionan por la apertura de las fronteras. En cuanto a la última parte, en ella se proponen soluciones para este controvertido tema.

El libro, una amena obra de ágil lectura, trata el asunto desde la óptica de la derecha norteamericana, pero sin que ello signifique dejar de ser objetivo, amén de documentado, como así lo demuestran las notas, datos, bibliografía recomendada y gráficos que permiten al lector interesado profundizar aún más en la cuestión, por lo que su lectura se torna altamente recomendable.

DIEGO PABLO GORGAL

NACIONALISMO E INTEGRACIÓN

“Las tribus de Europa”, Ramón Luis Acuña
Ediciones B, Barcelona, 1993, 429 páginas.

Sin ningún lugar a dudas, el fenómeno político más importante de la post-guerra fría es la desaparición del Estado Nacional soberano burgués y el nacimiento del Estado-Continente, consecuencia de proyectos alimentados por una corriente de pensamiento que cada día adquiere mayor peso: el integracionismo.

La Unión Europea, heredera natural del Mercado Común Europeo, se afianzó definitivamente como un Estado a partir de 1989 y es el gran *paradigma de todos los proyectos de integración*.

Pero, ¿de qué se trata este modelo de unión entre Estados? ¿Qué pasará en España con los gallegos, vascos y catalanes, y en Francia con los bretones, vascos, corsos y alsacianos? ¿Qué destino tendrán en Gran Bretaña los galeses y escoceses? ¿Qué será de Bélgica, fracturada por la división histórica entre balones y flamencos? Estas son las preguntas que Acuña busca responder en su libro. Si bien no parece distinguir con claridad la diferencia entre los que es una Nación y lo que es un Estado, percibe que la existencia de estas “tribus” -como él las llama- que históricamente no se han constituido en Estados, son un peligro latente para el proceso de integración.

¿Balcanización o helvetización de Europa? Tal parece ser la gran disyuntiva. El autor sostiene que el peligro es que el movimiento integrador se convierta en un arma atomizadora por parte de los nacionalismos que buscan en el Estado Europeo la oportunidad de independizarse, al menos culturalmente.

El libro contiene abundante información sobre el estado actual de las diferentes naciones o nacionalidades que componen el mosaico cultural europeo. Estudia su historia, sus características específicas que las distinguen entre sí, y a través de reportajes a jefes de Estado, hombres de cultura, religiosos, etc., analiza su actitud frente a la histórica unión política de Europa.

LUIS MARÍA SAENZ

UNA VISIÓN DIFERENTE DE LA ECONOMÍA

“De la economía a la ecología”, varios autores.
Editorial Trotta, de la Fundación 1º de Mayo,
Barcelona, 1995, 156 páginas.

De la Economía a la Ecología es, según se expresa en las palabras de presentación escritas por Juan de Damborenea, un llamado a “*repensar la economía desde el medio ambiente*”. Se trata de una recopilación de ocho ensayos en los que se desmenuzan temas variados, desde una interpretación

correcta del concepto “desarrollo sostenible” hasta el papel sindical en la relación existente entre el medio ambiente y la economía.

Es bien dable suponer que cualquier lector desprevenido podría pensar que el presente libro no es sino un medio de expresión bien bonito de los partidos rojos que enarbolan banderas verdes. La sola lectura de los títulos o de algunos párrafos aislados lleva a pensarlo. Sin embargo, de ella surgen conclusiones ampliamente válidas a cualquier nivel, tanto del estudioso como del recién iniciado.

El primero de los ensayos busca la correcta interpretación del concepto desarrollo sostenible, o sustentable, explicando *ab initio* la dos tendencias contradictorias que existen entre quienes subrayan el término desarrollo y quienes hacen lo propio con el término sostenible; para terminar concluyendo que estos últimos están en lo correcto y que “*la sustentabilidad ... no puede entenderse en ningún caso como un principio puramente técnico, sino como un principio ético-normativo*”.

Por su parte, los dos ensayos que le siguen buscan poner en duda la capacidad de sustentación de la humanidad de la economía capitalista, y su mayor expresión: el mercado. A estos le siguen otros dos cuyo centro de estudio es resumible en los medios de internalización de costes externos por parte de la industria y su muy limitada capacidad de lograr la modificación en los procesos productivos necesaria para hacer viable una verdadera eco-producción.

El texto escrito por Carlos Taibo, trata de la encrucijada entre el modelo político y económico anterior, el capitalismo receptado y sus contradicciones humanas y ecológicas, en la que se encuentra el Centro y Oriente de Europa.

El séptimo de los ensayos que conforman *De la Ecología a la Economía*, “Energía y Equidad para un Mundo Sostenible”, es el que tal vez mayor importancia reviste para un economista, pero es también el menos concluyente de todos, sin por eso dejar de aportar un análisis desde un punto de vista original hasta hoy.

El último de los autores es el que mayor atención debería demandar de cualquier lector cuyo punto de interés se encuentre en el hombre y su vida en sociedad. Es así que “Ecología y Sindicalismo” no sólo es lectura, sino también un punto de partida importante para posteriores estudios. Asimismo, es un ensayo combativo a ciertas frases aceptadas, contra las cuales choca el autor, asistido a veces de ejemplos históricos no del todo utilizables en analogías.

Pero no todo es verde esperanza en esta obra. Evidentemente, salvo alguna excepción bien acotada, en ninguno de los textos se expresa de manera concluyente la situación de guía que lo humano debe tener en cualquiera sea la relación entre la economía, la ecología y el medio ambiente.

Es posible que *De la Economía a la Ecología* no logre ubicarse entre los libros más consultados por los estudiosos del tema en los años venideros, pero no será a causa de su pobreza o inconclusión (que en ciertas páginas amenaza a asomarse sin pudor), sino por su posición “revisionista” de la economía capitalista.

IGNACIO T. GARIBOLDI